

La luz de la Reina

Lumen Reginae

Reinado 
de María

N.37-MAYO 2023

**La Virgen de la
Sonrisa la curó**
VICTORIAS DE MARÍA

San Juan de Ávila
TESTIGOS DE CRISTO

La Caridad
TOTUS TUUS

“¿Quién es *Ésta* que
surge más brillante
que el *Sal*?” (Cant 6, 8)



Lumen Reginae

Revista oficial del
Reinado de María.
Número 37
Mayo 2023

El Reinado de María es un movimiento de fieles católicos que busca promover el Encuentro con Dios por la consagración al Inmaculado Corazón de María.


El Encuentro con Dios, fin último del hombre, felicidad plena sin amenazas, llegará con Jesús y su reinado, y éste con el Reinado de María.

«Venga a nosotros el reinado de María, para que venga, Señor, tu reinado». (VD 217)

Ad Iesum per Mariam.


P. Rodrigo Molina, inspirador
del Reinado de María

Contacta con nosotros en:

 reinadodemaria.org/

 facebook.com/Reinado-de-Maria

 instagram.com/reinadodemaria

 youtube.com/c/ReinadodeMaria

SUMARIO

04

EN LA ESCUELA DEL INMACULADO CORAZÓN

La Virgen en la Sagrada Escritura: La Reina Ester



07

ALMA MARIANA

Santa María, instrumento de mediación
del Espíritu Santo



08

VICTORIAS DE MARÍA

La Virgen de la Sonrisa la curó



10

TESTIGOS DE LA INMACULADA

San Juan de Ávila



12

MI INMACULADO CORAZÓN TRIUNFARÁ

Llamada a la Santidad / El Trece de Mayo de 1917



14

TOTUS TUUS SER DE ELLA COMO ELLA ES DE DIOS

Las virtudes de Santa María (V): La caridad



16

REINADO DE CRISTO

Bienaventurados los que trabajan por la paz



18

AL ENCUENTRO CON EL DIOS UNO Y TRINO

El misterio del Dios vivo





María

SALE A NUESTRO

Encuentro...

Un Trece de Mayo quiso María visitar nuestro mundo para regalarnos con su Presencia y su protección materna. Y se presentó a tres pequeños pastores como una Señora más brillante que el sol. Inmersos en esta humanidad afligida por tantas miserias y sufrimientos, vino a mostrarnos el camino del cielo.

Si el Bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación de su Espíritu, sería un contrasentido que nos conformásemos con una vida mediocre, una religiosidad superficial.

Por eso María sale a nuestro encuentro.

¡La presencia de María en el corazón de los hijos! De verdad, nada extraordinario se realiza en nosotros sin una intervención especial de su amor maternal ya que Ella, sólo Ella, obtiene siempre las luces del Espíritu Santo.

¿Quién podría pensar jamás alcanzar la santidad sin haber sido engendrado a la vida de la gracia mediante la poderosa intervención de la Inmaculada? María es guía segura para llegar a Jesús.

Nuestra comunión profunda con Cristo, que debe ser el anhelo de nuestra vida, no hubiera sido posible de otro modo.

Una madre no puede abandonar a su hijo cuando lo ve en peligro; y el hijo, por su parte, sabe muy bien que la madre siempre está pronta para consolarlo y confortarlo.

Es lo que los Pastorcillos descubrieron maravillosamente. Se mantuvieron siempre fieles y auténticos en todas las etapas y circunstancias de la vida.

Tampoco nosotros temamos sincerarnos y revelarles los secretos de nuestro corazón manchado de imperfecciones y negligencias. ¿Qué importa? ¿No es María una Madre misericordiosa?

Lo hace notar San Pablo VI cuando afirma que «...al mirarles (a los hombres) en Dios y viendo su necesidad, en comunión con Jesucristo que vive siempre para poder interceder por nosotros», (María) se convierte en su «abogada, auxiliadora, protectora y mediadora» (Exhortación apostólica *Signum Magnum*, 2).

Así que confiemos a esta Virgen bendita todas nuestras penas y necesidades. Ella es esperanza en nuestras vidas. Ella nunca nos abandona.

Aprovechemos este Mes de Mayo, que año tras año nos regala el Buen Dios.

Renovemos nuestra consagración mariana. Aprendamos a vivir escondidos en su Corazón Inmaculado. Es el lugar más cálido y seguro.

En María, cada hora es la hora de la misericordia. Inmaculada, como belleza de Dios, no hunde. Su belleza es amor, es cercanía con el que sufre, dolor con el que está dolido, llanto con el que llora. Ella nos eleva a las alturas de la santidad... Mira con ternura a todos.

Ella es la Mujer nueva, llena de Luz que está junto a Cristo, el Hombre nuevo, en cuyo misterio solamente encuentra verdadera luz el misterio del hombre.

La Virgen

EN LA SAGRADA ESCRITURA

“Dime qué quieres y te lo daré”

«**E**l rey dijo... a Ester: “Reina Ester, dime qué quieres y te lo daré”. Ester le respondió: “Si el rey quiere agradarme, concédeme la vida y la de mi pueblo; esta es mi petición, este es mi deseo; pues yo y mi pueblo estamos condenados al exterminio, a la matanza, al aniquilamiento”». (Est 7,3-4)

Una de las figuras del Antiguo Testamento más perfectas de María es la reina Ester.

En ella están prefiguradas las principales prerrogativas de la Madre de Dios: la predilección de Dios por Ella. Su concepción Inmaculada y su oficio de mediadora y abogada.

La palabra de Dios, germen de esperanza aún en medio del túnel oscuro de la persecución, actúa eficazmente no a través de un caudillo político, sino por medio de una mujer débil, huérfana de padre y de madre, una mujer que había sido adoptada por un pariente, Mardoqueo: Ester.

Vivían en Babilonia muchos judíos llevados cautivos por Nabucodonosor, entre ellos uno llamado Mardoqueo, que había adoptado por hija a una joven, pariente suya, que no tenía padre ni madre y se llamaba Ester.

Ester aparece como una joven «*que era muy agradable y de increíble belleza, graciosa y amable a los ojos de todos*», elegida, entre las muchas aspirantes, para ser la reina.

El paralelismo con María hasta aquí es manifiesto. Hermosa y graciosa más que todas las mujeres. Dios buscó para Madre suya y para Reina de los ángeles y de los hombres la mujer más perfecta y entre todas ellas fue escogida María.

Se lo dijo el ángel: «*Has hallado gracia a los ojos de Dios*».

Y porque cautivó a Dios, la escogió para Madre suya, para esposa suya y la enriqueció con dones sobrenaturales más que a todas las criaturas y puso en su frente la corona de Reina de los cielos y de la tierra.



La predilección de Dios por María está perfectamente simbolizada en Ester.

Su Concepción Inmaculada

El rey Asuero no sabía que Ester era judía y dio un decreto de exterminio contra los judíos inducido por el pérfido Amán.

Cuando lo supo Mardoqueo, rogó a Ester: Recuerda que eres judía. *«Invoca al Señor, habla por nosotros al rey y libranos de la muerte»* (Est 15, 2-3).

Oscuridad y terror lo llena todo. El edicto real ordena el exterminio de los judíos, que ha de llevarse a cabo en un día y en un mes determinados por el «azar». Pero esta atmósfera sombría es desgarrada por la figura de Ester y por su voz. Ella es casi la profetisa de la esperanza, es un modelo de fe en Dios y de amor hacia su pueblo. Su presencia benéfica nace, en cualquier caso, de su súplica.

Es una plegaria dramática, cuya confianza reside sólo en Dios, modelo de todas las personas perseguidas y oprimidas que se ven asediadas por el ansia e invadida por la confianza, asaltada por el temor y sostenida por la certeza del respaldo divino.

En la base de todo existe la certeza del carácter invencible del amor de Dios, que interviene obrando una verdadera inversión de los términos, como la transformación radical que anunciaron los profetas para el «día del Señor»: el impío que se había exaltado será humillado, el perseguido será entronizado y glorificado; la muerte será reemplazada por la vida, el exterminio por la salvación.

Ester mandó que todos los judíos invocaran la protección de Dios con oraciones y peniten-



cias y después de dos días Ester tomó las vestiduras reales más ricas, se ciñó la corona de oro y se revistió de su gloria.

Estaba el rey sentado en su trono y cuando vio que Ester se presentaba en su presencia, sin ser llamada, la indignación brilló en su semblante.

Lo advirtió Ester y cayó desmayada en los brazos de la criada que la acompañaba.

Conmovido Asuero, se levantó del trono, se acercó a Ester, la sostuvo en sus brazos y cuando volvió en sí, el rey le preguntó: *«¿Qué tienes, Ester, yo soy tu esposo? No temas. Tú no morirás, la ley no ha sido dada para*

ti, sino para todos los demás» (Est 15, 12-13).

¡Qué hecho tan bello para simbolizar la concepción inmaculada de María! Dios ha lanzado sentencia condenatoria contra todos los hombres y todos vienen al mundo con el alma manchada con el pecado original. Pero Dios, a la que ha elegido para Madre suya, le dice: La ley no ha sido dada para Ti, sino para todos los hombres; y María es la única que se presenta en el mundo libre del pecado original.

La mediación de María

Ester se arrodilla o se postra ante el rey, sentado en el trono, quien como muestra de benevo-

lencia inclina hacia ella el cetro real. El rey Asuero dijo a su esposa Ester: ¿Qué quieres? Aunque me pidas la mitad del reino, yo te lo daré. Acércate y toca mi cetro. Ester entonces abogó por su pueblo.

«Si he encontrado gracia a tus ojos, oh rey, y si te agrada, concédeme a mí la vida y concédesela también a mi pueblo, por quien te pido la gracia» (Est 7, 3).

Movido por las súplicas de su esposa, el rey Asuero revocó la sentencia de exterminio que había dado contra los judíos; y en cambio, ordenó que su perseguidor, el pérfido Amán, muriera ahorcado en el patíbulo.

Otra prerrogativa de María bellamente prefijada: su oficio de abogada y mediadora entre Dios y los hombres.

Ella, corredentora con Jesucristo, ha sido nombrada mediadora maternal de todas las gracias.

Le ha dicho su Hijo: todo lo que me pidas para tus hijos, los hombres, te lo concederé.

Y Ella pide por nosotros; y por sus manos pasan todas las gracias que recibimos para nuestra salvación.

Nuestros pecados merecen el infierno. La intercesión de la Virgen nos librará de él. Ester, mediadora entre su pueblo y el rey Asuero. La Virgen, mediadora entre los hombres y Dios.

Madre de Dios, para conseguir de Él todo lo que pide.

Madre nuestra, para compadecerse de nuestras miserias.

Como afirma su padre adoptivo Mardoqueo, Ester es semejante a un río de agua fresca que lo fecunda todo y hace florecer y enverdecer. El gozo reaparece en el rostro de Israel no a través de la fuerza y la habilidad estratégica, sino por medio de la



palabra y la personalidad de una mujer, el ser menos valorado del mundo oriental. Es ella el signo vivo de la esperanza.

Al igual que Ester aplaca al soberano persa, así María se dirige al Rey de todas las cosas para aplacar su ira en el día del juicio, haciendo que su amor,

una vez más, prevalezca por encima de la justicia. San Ireneo, ya en el siglo II, emplea para María el título de «abogada». Es la primera vez que María aparece revestida de dicha dignidad.

Esta función fue ya exaltada en la primera oración mariana que conocemos, el célebre *Sub tuum praesidium*:

«Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios, no desprecies las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades, antes bien libranos de todo peligro, Virgen gloriosa y bendita».

San Severo de Antioquía (+ 538) cantaba en un himno: *«Imploremos a aquella que engendró a Dios y pidámosle que interceda por nosotros, ella a quien todos los santos veneran».*

Y san Gregorio de Tours: *«Ella es capaz, más que todos los otros santos, de elevar oraciones por todos nosotros».*

Por último, San Germán de Constantino-
pla (+ 733) pone en boca de Dios, como garantía solemne de la función mediadora de María: *«Yo te edificaré como muralla del mundo, puente de aquellos que son sacudidos por los golpes del mar; arca de quienes se salvan, báculo para aquellos que se dejan conducir de la mano, intercesión para los pecadores y escalera que tiene el poder de hacer subir los hombres al cielo» (Tercera homilía sobre la Dormición de María).*

Santa María, instrumento de mediación del Espíritu Santo

Pentecostés, venida del Espíritu Santo. Tiempo en el que María Santísima ora intensamente por la Iglesia, atrayendo con sus ruegos el Don de los dones: su Santo Esposo.

Nos dice el P. Molina:

«El cristiano fiel a Jesús se siente inundado de misión. Tiene un solo objetivo: ir. Ir por todo el mundo siendo testigo del amor de Dios que anida en él, liberando del egoísmo, de la muerte y del dolor. Urge evangelizar este mundo. Ésta es nuestra misión: pasar la vida haciendo el bien. Yo estoy llamado a recoger los rayos de la luz divina y difundirlos por toda la tierra.

Pero padecemos una enfermedad: la enfermedad del miedo a arriesgarnos, el horror al esfuerzo y al sacrificio. Nos cansamos pronto del bien emprendido; nos cuesta decidirnos, nos lastra la comodidad y el confort... Solo un remedio: ¡El Espíritu Santo!

El Espíritu Santo me impide ser mediocre. Me impide ser cobarde ante el mundo, “adaptarme” al mundo, a sus caprichos y criterios, a sus modas. El Espíritu Santo es siempre FUERZA LIBERADORA: vence los obstáculos, los elimina, quebranta la resistencia causada por el egoísmo. Es la fuerza de Dios en acción que lleva siempre al triunfo. Es dinamismo, eficacia, fuego, actividad creadora mediante la cual Dios actúa en nosotros. Solo en el Espíritu Santo podremos conocer a Dios, comprender sus misterios. El día de Pentecostés es nuestro gran día, el día de nuestra transformación, el día de ese suceso grandioso y definitivo de nuestro nacimiento para Dios.

El Espíritu Santo, cuando irrumpe, pone en movimiento, hace obrar sin tardanza. Nos empuja a irradiar lo que llevamos dentro, como lo hizo en María Santísima:



engendró a Jesús en su vientre y de inmediato la lanzó a la misión. “Y María se puso en camino...”. María es el perfecto dechado de docilidad al Espíritu Santo. El instrumento de mediación del Espíritu Santo. Por eso María, la extraordinariamente vacía de sí, fue la extraordinariamente fecundada por el Espíritu de Dios y quedó constituida en Madre de todos los vivientes del mundo de la resurrección.

Dos grandes obras pudo el Espíritu Santo hacer en María gracias a su disponibilidad: hacerla santa y constituir, mediante Ella, la creación nueva que el Padre planificó para nosotros. En María puso el Espíritu Santo el origen, el punto de partida, el germen del futuro pueblo de Dios, es decir, la hizo Madre del nuevo pueblo de Dios. Así como el Espíritu Santo intervino en el caos primitivo para sacar de él el mundo lleno de orden, belleza y vida que hoy vemos; así también intervino sobre los apóstoles en Pentecostés, por mediación de Santa María, para hacer realidad la nueva creación que es la Iglesia de Cristo».

Vivir en clave de Pentecostés exige riesgo valiente. La realidad que nos envuelve en este mundo tan roto no acepta la postura de “brazos cruzados”. Que María Santísima, la Inmaculada, la “fuera de serie” del Espíritu Santo, sea quien presente nuestros corazones, atenazados a veces por tantas cosas que frenan nuestra entrega, al Espíritu Santo. El cambio será seguro si nos ponemos en sus manos maternas e inmaculadas.



P. Rodrigo Molina,
inspirador del Reinado de María

LA VIRGEN DE LA *Sonrisa* LA CURÓ

Todos conocemos la misteriosa y extraña enfermedad que Santa Teresita del Niño Jesús padeció de niña. Relata la santa en la *Historia de un alma*: «*Para curarme se necesitaba un milagro...*». Se necesitaba un milagro y fue la Virgen quien lo hizo.

Va para seis semanas de esta enfermedad misteriosa y Luis Martín y sus hijas sólo esperan de la misericordia divina la curación de Teresita. Y encargan un novenario a Nuestra Señora de las Victorias, en París.

Es el domingo de Pentecostés, 13 de mayo de 1883. Continúa Santa Teresita: «*María salió al jardín, dejándome con Leonia, que estaba leyendo al lado de la ventana. Al cabo de unos minutos, me puse a llamar muy bajito: "Mamá... mamá". Leonia, acostumbrada a oírme llamar siempre así, no hizo caso. Aquello duró un largo rato. Entonces llamé más fuerte, y, por fin, volvió María. La vi perfectamente entrar, pero no podía decir que la reconociera, y seguí llamando, cada vez más fuerte: "Mamá...". Sufría mucho con aquella lucha violenta e inexplicable, y María sufría quizás todavía más que yo*».

Allí, en la habitación, estaba la estatua de la Virgen, aquella imagen de escayola que la señorita Baudouin regalara a Luis Martín y éste tenía en el Pabellón, en Alençon. María, Leo-



nia y Celina, de rodillas, piden insistentemente a la Virgen que cure a su hermana.

«También la pobre Teresita, al no encontrar ninguna ayuda en la tierra, se había vuelto hacia su Madre del cielo, suplicándole con toda su alma que tuviese por fin piedad de ella... De repente, la Santísima Virgen me pareció hermosa, tan hermosa, que yo nunca había visto nada tan bello. Su rostro respiraba una bondad y una ternura inefables. Pero lo que me caló hasta el fondo del alma fue la encantadora sonrisa de la Santísima Virgen. En aquel momento, todas mis penas se disiparon. Dos gruesas lágrimas brotaron de mis párpados y se deslizaron silenciosamente por mis mejillas, pero eran lágrimas de pura alegría... ¡La Santísima Virgen, pensé, me ha sonreído! ¡Qué feliz soy...! Sí, pero no se lo diré nunca a nadie, porque entonces desaparecería mi felicidad. Bajé los ojos sin esfuerzo y vi a María que me miraba con amor. Se la veía emocionada, y parecía sospechar la merced que la Santísima Virgen me había concedido... Precisamente a ella y a sus súplicas fervientes debía yo la gracia de la sonrisa de la Reina de los cielos. Al ver mi mirada fija en la Santísima Virgen, pensó:

¡Teresa está curada! Sí, la florecita iba a renacer a la vida. El rayo luminoso que la había reanimado no iba ya a interrumpir sus favores. No actuó de golpe, sino que lentamente, suavemente fue levantando a su flor y la fortaleció de tal suerte, que cinco años más tarde abría sus pétalos en la montaña del Carmelo».

Teresa ha quedado en quietud. Parece que está curada. Cuando María se encontró sola con ella, le preguntó con insistencia qué le ha ocurrido. Y Teresita le contó ingenuamente que la Virgen le había sonreído... y se sentía curada.

La Virgen que sonrió a Teresita en el umbral de su existencia fue la estrella de su peregrinación y fue la que recogió el alma de su hija para transportarla a las moradas eternas, en el éxtasis que pudieron contemplar todas sus hermanas de la comunidad:

«Teresa esbozó una leve sonrisa a las monjas cuando llegaron. Tenía en sus manos un crucifijo. Su respiración era jadeante, el sudor frío. Teresa dice a la priora: —Madre mía, ¿no es esto la agonía? ¿No voy a morir? ¡No voy a saber nunca morir! Luego, con voz dulce y lastimera, dijo:

—¡Pues bien! ... ¡Adelante... adelante! ¡Ah, no quisiera sufrir menos! Luego, mirando a su crucifijo: —¡Oh!... ¡le amo!... ¡Dios mío..., os amo!».

Fueron sus últimas palabras. Su cabeza se desplomó hacia la derecha. Pero, de repente, abrió los ojos y los tuvo fijos en el rostro de la Virgen de la Sonrisa. El tiempo del rezo de un Credo. Cerró los ojos y exhaló su último suspiro.

Santa Teresita nos dejó condensado en un extenso e intenso poema (su última poesía) todo su pensamiento y todo su amor a María Santísima. Recemos juntos el epílogo de este poema mariano:

*Yo escucharé muy pronto esa dulce armonía,
iré muy pronto a verte en el hermoso cielo.
Tú viniste a sonreírme, Madre,
en la suave mañana de mi vida,
ven otra vez a sonreírme ahora,
pues ha llegado ya de mi vida la tarde (P54, 25).*

“De pronto la Santísima Virgen me ha parecido bella, tan bella que nunca vi algo semejante, su rostro exhalaba una bondad y una ternura inefables, pero lo que caló hondo en mi alma fue la sonrisa encantadora de la Santísima Virgen”.



San Juan de Ávila

Es una de las figuras más centrales y representativas del siglo XVI. Destacó por la calidad de su doctrina teológica y la sabiduría de sus consejos como guía espiritual. Su amor a la Santísima Virgen era notable. Si hubiera que resumir en pocas palabras la doctrina del santo sobre la devoción a la Virgen habría que decir: *«Señora, nuestro oficio será pensar en Vos, hablar de Vos, seguimos a Vos en vuestra vida y mirar cómo hacíais y así hacer nosotros... gastarnos hemos todos en vuestro servicio»*.



San Juan de Ávila nació el 6 de enero de 1499 (o 1500) en Almodóvar del Campo (Ciudad Real), de una familia profundamente cristiana. Son conocidas las escenas de entregar su sayo nuevo a un niño pobre, sus prolongados ratos de oración, sus sacrificios, su devoción eucarística y mariana.

Estudió la carrera eclesiástica en Salamanca y en Alcalá. Ordenado de sacerdote en 1526, desarrolló su actividad apostólica especialmente en el Sur de España, por lo cual se le llama Apóstol de Andalucía. Fue Director espiritual de muchos personajes y santos de su época. Escribió doctísimos tratados, llenos de teología y de piedad, que han influido poderosamente en la historia

de la espiritualidad española y universal. Sus escritos acusan la robusta personalidad de un varón lleno de Dios, con un conocimiento profundo de la Escritura y de los Santos Padres. Sus cartas y sermones, llenos de unción evangélica, no envejecen, siguen siendo pasto espiritual de almas selectas.

El Maestro Ávila murió en Montilla, el 10 de mayo de 1569. Fue beatificado el 4 de abril de 1894 por el papa León XIII. Pío XII lo declaró Patrono del clero secular español el 2 de julio de 1946, y el papa Pablo VI lo canonizó el 31 de mayo de 1970. El 7 de octubre de 2012 su nombre fue agregado a la lista de Doctores de la Iglesia por el Papa Benedicto XVI.

Para San Juan de Ávila la devoción a la Virgen es algo vital en el cristiano. Él la vivió en profundidad y la recomienda encarecidamente en todos sus escritos.

María, Madre y Abogada nuestra:

Comentando el Maestro Ávila las palabras de san Juan (19,26) escribe: *«Como el Padre nos hizo un grandísimo don al darnos su benditísimo Hijo para nuestro remedio, así también el Hijo nos hace un gran don al darnos su bendita Madre como Abogada nuestra. Cuando dijo a Juan al pie de la cruz: He ahí a tu madre, lo dijo en nombre de todos los cristianos. Dios nos da a su Madre por Madre. Démosle gracias y*

dénselas los ángeles». (Ob. espir., II,274).

Dios, nuestro Padre; y María, nuestra Madre:

«Felices nosotros, que ciertamente tenemos a Dios por Padre y a su sagrada Madre por Madre; que es mucho más piadosa con nosotros que lo haya sido ni lo será nunca otra madre con los propios hijos que ha engendrado y dado a luz».

Y el Santo apunta la razón: es porque Ella, «como es la más unida a Dios con pretexto de carne, así lo es en el fuego de la caridad. Y como el hierro, puesto al fuego, queda todo lleno de él, de modo que parece el mismo fuego; así esta Virgen bendita, puesta en el horno del divino amor, quedó tan llena de él y tan semejante a él, que fue así verdadera Madre del pueblo cristiano, de tal manera que, en comparación de Ella, las madres no merecen el nombre de madres». (O. c., p. 823).

Hijos de María según el espíritu:

«De Eva somos todos hijos según la carne, y de la Virgen según el espíritu. Ella tiene para todos los hombres afecto de Madre, coraje de defensora».

Mirad si Ella ha de ser grande para ser Madre de tantos hijos. Caben en Ella justos y pecadores: los pecadores son perdonados por los ruegos de Ella; y los justos, conservados en gracia».

Quien no cabe en el cielo, más ancho que la tierra, que pues Dios entró en Ella, ¿no cabrás tú, pecador? ...

El que no cabe en los cielos, en sus entrañas se encerró:

bien cabrás, pecador, en las entrañas de la Virgen».

¿Dónde tenéis manto para cubrirlos a todos? ¿Dónde tenéis alas para cubrir a, tantos pollos? ...

María es más grande que la tierra: entran en Ella justos y pecadores. Dios entró en Ella y permaneció en Ella». (Ib, p. 824).

Acógete a la protección de la Virgen:

«El perseguido del demonio recurra a la Virgen con fe, que luego será librado de él. Uno de los principales remedios contra el demonio es recurrir a la Virgen...»

¿Qué haré yo, que soy tentado de la carne? Ten a la Virgen por Abogada, que huele a incienso muy bien. La Virgen huele a mirra, que mata los gusanos de la suciedad;

porque si fueres devoto de Ella, sentirás deshacerse las tentaciones, como la cera delante del fuego...

Una de las señales de los que se han de salvar es tener una gran devoción a la Virgen».

¿No tenéis devoción a la Virgen? Harto mal tenéis, harto bien os falta; más querría estar sin pellejo que sin devoción a María».

Sé que cuando Él dijo a san Juan al pie de la cruz: He ahí a tu Madre, en nombre de todos lo dijo: allí entramos todos los cristianos».

Danos Dios a su Madre por Madre, agradecámoselo».

¿Qué haré por la Virgen? Imitémosla en la humildad y en las demás virtudes».

Quererla bien y no imitarla, poco aprovecha».



Llamada a la Santidad (II)

La Hna. Lucía, en su libro «Llamadas del Mensaje de Fátima», reflexiona con mucho realismo sobre la llamada a la Santidad que nos recuerda Nuestra Señora. Por eso se apareció, para que no nos despistemos en esta vida, que es peregrinaje hacia la eterna.

Las comunicaciones y gracias que Dios nos hace exigen de nuestra parte una fiel correspondencia.

La acción de Dios no destruye nuestra naturaleza, sino que la perfecciona y dignifica; no sustrae a la persona del sentimiento humano natural, a semejanza de Cristo que sintió y soportó por amor del Padre. No la inmuniza a la acción de la tentación, sea de orgullo, del demonio, de la carne o del mundo, porque debemos santificarnos en la lucha, venciendo con el auxilio de la gracia, a ejemplo de Jesucristo que, a pesar de ser el Santo de los santos, también fue tentado.

Con todo, es en medio de este combate que la persona —si persevera en la lucha y vence— se santifica y se vuelve hacia Dios en una verdadera alabanza de gloria, como dice el apóstol: **«Rezamos para que caminéis de una manera digna del Señor, agradándole en todo, dando como fruto toda clase de obras buenas y creciendo en el conocimiento de Dios; así seréis fortalecidos con toda la fuerza propia de su glorioso poder para tener en todo paciencia y longanimidad, con alegría, dando gracias al Padre, que os hizo dignos de participar en la herencia de los santos en la luz»** (Col. 1, 10-12).

Sean cuales fueren los favores concedidos por Dios a un alma, Dios nunca nos despoja de los dones comunes concedidos a todos los hombres: la voluntad propia, la libertad, el sentimiento y propia personalidad, con los mismos derechos y las mismas responsabilidades. Dios dio igualmente a todos estos dones, para que el libre uso que de ellos hagamos nos santifique y vuelva dignos de una recompensa eterna. Por eso Dios respeta en nosotros su dádiva y nosotros tenemos también que respetarla en nuestro prójimo, así cada uno es responsable de sí mismo ante Dios. Así nos lo recomienda san Pablo: **«Tenemos dones diferentes, conforme a la gracia que se nos ha dado, bien sea la profecía, según la medida de la fe; bien sea el ministerio, sirviendo; o el que enseña, enseñando; o el que exhorta, exhortando; el que da, con sencillez; el que preside, con solicitud; el que ejercita la misericordia, con alegría»** (Rom. 12, 6-8).

Y así, por el buen uso que hacemos de los dones que Dios nos concedió, nuestra santidad se eleva en el amor que debemos a Dios y al prójimo, nos purificamos y volvemos dignos de la Vida Eterna.

Pero, puede ser que a alguien se le ocurra preguntar: ¿Para qué

hemos de ser santos? La respuesta nos la da el apóstol San Pablo en estas palabras maravillosas:

«Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda bendición espiritual en los cielos, pues en Él nos eligió antes de la creación del mundo para que fuéramos santos y sin mancha en su presencia, por el amor; nos predestinó a ser sus hijos adoptivos por Jesucristo conforme al beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo gratos en el Amado, por quien, mediante su sangre, nos es dada la redención, el perdón de los pecados, según las riquezas de su gracia, que derramó sobre nosotros de modo sobrea-bundante con toda sabiduría y prudencia. Nos dio a conocer el misterio de su voluntad, según el benévolo designio que se había propuesto realizar mediante Él y llevarlo a cabo en la plenitud de los tiempos: recapitular en Cristo todas las cosas, las de los cielos y las de la tierra.

«En Él, por quien también fuimos constituidos herederos, predestinados según el designio de quien realiza todo con arreglo al consejo de su voluntad, para que nosotros, los que antes habíamos esperado en el Mesías, sirvamos para la alabanza de su gloria. Por Él también vosotros, una vez oída la palabra de la verdad —el Evangelio de nuestra salvación—, al haber creído, fuisteis sellados con el Espíritu Santo prometido, que es prenda de nuestra herencia, para la redención de su pueblo adquirido, para alabanza de su gloria» (Ef. 1, 3-14).

Para eso fuimos escogidos y hemos de ser santos: para ser la alabanza de la gloria de Dios y participar de esa misma gloria que de Él recibimos como gracia.

El Trece de Mayo de 1917...

«Estando jugando con Jacinta y Francisco encima de la pendiente de Cova de Iría, haciendo una pared alrededor de una mata, vimos, de repente, como un relámpago. "Es mejor irnos ahora para casa —dije a mis primos—, hay relámpagos; puede venir tormenta".

Y comenzamos a descender la ladera, llevando las ovejas en dirección del camino. Al llegar poco más o menos a la mitad de la ladera, muy cerca de una encina grande que allí había, vimos otro relámpago; y, dados algunos pasos más adelante, vimos sobre una carrasca una Señora, vestida toda de blanco, más brillante que el sol, irradiando una luz más clara e intensa que un vaso de cristal, lleno de agua cristalina, atravesado por los rayos del sol más ardiente. Nos detuvimos sorprendidos por la aparición. Estábamos tan cerca que nos quedábamos dentro de la luz que la cercaba, o que Ella irradiaba. Tal vez a metro y medio de distancia más o menos.

Entonces Nuestra Señora nos dijo: "No tengáis miedo. No os voy a hacer daño". "¿De dón-

de es Vd.?" "Soy del Cielo". "¿Y qué es lo que Vd. quiere?". "Vengo a pedirnos que vengáis aquí seis meses seguidos, el día 13 a esta misma hora. Después os diré quién soy y lo que quiero. Después volveré aquí aún una séptima vez". "Y yo, ¿también voy al Cielo?". "Sí, vas". "Y, ¿Jacinta?". "También". "Y ¿Francisco?". "También; pero tiene que rezar muchos Rosarios".

Entonces me acordé de preguntar por dos muchachas que habían muerto hacía poco. Eran amigas mías e iban a mi casa a aprender a tejer con mi hermana mayor. "¿María de las Nieves ya está en el Cielo?". "Sí, está". (Me parece que debía de tener unos dieciséis años). "Y, ¿Amelia?". "Estará en el Purgatorio hasta el fin del mundo". (Me parece que debía de tener de dieciocho a veinte años). "¿Queréis ofreceros a Dios para soportar todos los sufrimientos que Él quisiera enviaros, en acto de desagravio por los pecados con que es ofendido y de súplica por la conversión de los pecadores?". "Sí, queremos". "Tendréis, pues, mucho que sufrir, pero la gracia de Dios será vuestra fortaleza".

Fue al pronunciar estas últimas palabras (la gracia de Dios, etc.) cuando abrió por primera vez las manos comunicándonos una luz tan intensa como un reflejo que de ellas se irradiaba, que nos penetraba en el pecho y en lo más íntimo del alma, haciéndonos ver a nosotros mismos en Dios que era esa luz, más claramente que nos vemos en el mejor de los espejos. Entonces por un impulso íntimo, también comunicado, caímos de rodillas y repetíamos íntimamente: "Oh Santísima Trinidad, yo Os adoro. Dios mío, Dios mío, yo Os amo en el Santísimo Sacramento".

Pasados los primeros momentos, Nuestra Señora añadió: "Rezad el Rosario todos los días, para alcanzar la paz para el mundo y el fin de la guerra".

En seguida comenzó a elevarse suavemente, subiendo en dirección al naciente, hasta desaparecer en la inmensidad de la lejanía. La luz que la rodeaba iba como abriendo camino en la bóveda de los astros, motivo por el cual alguna vez dijimos que habíamos visto abrirse el Cielo».



Las virtudes de Santa María (V)

LA CARIDAD

La Caridad es la reina de las virtudes. Es el amor y, esencialmente, es la vida de Dios. La Virgen Santísima destacó sobre todo en ella: la suya no fue una caridad lánguida, sino ardiente. Es un tema muy amplio, solo tocaremos algunos aspectos.

Necesidad de la Caridad

Dios es amor, resume sus mandamientos en un doble acto: amarle a Él y al prójimo en Dios. Es amor afectivo y efectivo. También nos da su mandamiento nuevo: amarnos como Él nos ha amado. Esta virtud, pues, es la más excelsa y necesaria. Sin ella las demás virtudes no valen nada (1Co 13,13).

Lo vemos a cada paso en la Biblia. En «*el amor está toda la ley y todo lo que dijeron los Profetas*». San Agustín decía con razón: «*Ama, y haz luego lo que quieras*». Entonces se vive la verdadera vida.

Santa María es nuestro modelo: amaba a Dios más que todas las criaturas juntas. Y nos ama a nosotros como la mejor de las madres. De Ella también se podría decir que «es amor».

Nuestra vida debe ser un eco de la suya. Empleemos nuestra inteligencia para conocer su Bondad infinita, el corazón y voluntad para amar esa bondad, la memoria para recordar sus beneficios...

Para vivir este amor auténtico, necesitamos prevenirnos de las adulteraciones de esta virtud, el

amar bienes terrenos, aparentes, pasajeros. Esos que entretienen mucho, pero que no llenan el corazón.

¿Cómo se ha de amar?

«*Con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas*».

— Con **todo** el **corazón**. Amar a Dios, y Dios quiere que amemos al prójimo. Sin limitaciones ni reservas. Sin titubeos ni regateos. Siempre.

En María el amor no fue un precepto costoso, forzado. Para Ella era lo más natural. Vivía de constante amor... y murió consumida por ese amor. ¡Esa es tu Madre...!

— Con toda el **alma**. — Con todas las potencias: Su **entendimiento**, su **memoria**, su **voluntad**. Solo aspiraba a cumplir en todo la voluntad de Dios y someterse a ella humilde y alegremente.

— Con todas las **fuerzas**. La caridad de una madre no retrocede ante nada, está dispuesta a todo..., al mayor sacrificio si es necesario. Dios le exigió sacrificios como a nadie... y Ella por



amor de Dios aceptó ese sufrimiento. El amor auténtico es incansable... Ningún sacrificio le pareció demasiado grande, nunca dejó de servir y de cumplir, con generosidad, la voluntad de Dios.

Ante el ejemplo de nuestra Madre, examinemos nuestro amor a Dios. ¿Cumplimos con exactitud el mandamiento primero y mayor? ¿Podemos decir que amamos así a Dios?

Cómo aumentar la caridad

La caridad es una virtud que, como los hábitos, se aumenta por su enraizamiento en el alma, por actos intensos. ¡Qué peligroso es que nos conformemos con una vida floja y tibia! El grado de caridad no crecerá. El amor crece en el trato con Dios, la oración, los deseos de agradecerlo más y

más, en la recepción de los sacramentos. Y pedirle su amor para que amemos a los demás con el amor de Dios.

Evitemos todo odio, rencor, acidia (o tibieza en el amor), toda envidia, discordia, porfía, riña. Todo lo que se opone a la paz. Disculpemos sin límites, tengamos paciencia con los demás como Dios la tiene con nosotros...

La Caridad del Corazón de María

La caridad de nuestra Madre no se manifestó ordinariamente en forma tan deslumbrante como en Caná, pero el modo de actuar ese día fue su manera predilecta de hacer el bien. Siempre, incluso al ocuparse de nuestros intereses materiales, tiende María al bien de las almas, inseparable de la gloria de Dios, y por la oración, más que por la acción, trabajó en la tierra para extender su reino.

Por la oración y por el sacrificio. Porque su caridad no medía el trabajo. Como Jesús y con Jesús aceptó la Pasión por nuestro amor. Después, cuando Jesús subió al cielo, aceptó el seguir viviendo sobre la tierra, separada de Él porque así lo exigía el bien de las almas.

Ya pasó por Ella el tiempo del dolor y del sacrificio; pero en las alegrías del cielo no se olvida de los hombres, hermanos e hijos suyos. ¿Acaso gran parte de su dicha no consiste, como decía Santa Teresita, en «pasar su cielo haciendo bien en la tierra»?

No hemos dicho todo lo que sería preciso sobre esta incansable caridad de María y sobre su amor a los hombres. Que el cuadro trazado por San Pablo supla y complete nuestro esbozo.

Tu Caridad, ¡oh María!, fue paciente, fue buena, ignoró toda envidia o falso celo, todo subterfugio o injerencia indiscreta, toda vanidad o pretensión, todo exceso o importunidad, toda mira interesada, toda aspereza o vivacidad, todo rencor o amargura, toda maligna alegría; simpatizaba con todo lo bello, lo bueno y lo verdadero; lo cubría todo; era confiada, esperaba siempre, sabía soportarlo todo. Y esta caridad no la perdiste al entrar en el cielo; a la plena luz de Dios, tu caridad, ya tan perfecta en la tierra, se volvió si era posible, más perfecta todavía al unirse más íntimamente con la caridad de Jesús, con la caridad misma de Dios, que es toda caridad.

¡Que de tu Corazón, tan amante de los hombres, caigan en nuestros corazones, estrechos e interesados, desconfiados e irritables, exigentes y susceptibles, celosos y rencorosos, algunas gotas de tu perfecta caridad!





REINADO DE CRISTO

SÉPTIMA BIENAVENTURANZA

Bienaventurados los que trabajan por la Paz

«**B**ienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios» (Mt 5, 9). ¿Quiénes son los pacíficos? Los obradores de paz, los que obran la paz, los que en todo su trabajar se identifican con la Paz, que es Cristo.

Cuando Jesús entra en nuestro valle de lágrimas, los ángeles llenan el universo con el eco de esta sola voz: «*Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres del buen querer*» (Lc 2,14). Paz que es peso de Dios, su omnipotencia, su sabiduría, su amor rompiendo las duras estructuras del pecado, entrando en el mundo atribulado, afligido, atado; portador del primer don, de la primera oferta, de la oferta de la Paz.

Paz viene del hebreo *shalom*: es decir, lo sano, lo íntegro, lo que no tiene fisura alguna, lo realizado, lo logrado. En el lenguaje bíblico del Antiguo Testamento la palabra paz no sólo expresa la ausencia de peligro exterior, sino todo un ideal de felicidad, ideal que se realizará en la persona del Mesías.

A Jesús lo presenta el profeta Isaías como el Príncipe de la Paz: «*Porque un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado...Y se llamará: Príncipe de la Paz. Grande es su señorío y la Paz no tendrá fin...*». Príncipe de la Paz, es decir, Dueño de la Paz, su Autor, su Fundador, su Rey. Paz que no tiene fin porque se vive en Cristo.

Toda tu vida personal, individual en todos sus repliegues puede ser vivida en la paz de Cristo. No hay complicación, por dura, increíble, dificultosa que sea, que quede eximida. Toda tu vida de apostolado, de familia, de comunidad, con todos los problemas a veces tan duros y desesperantes que te trae, pueden ser vividos en la paz de Cristo, dentro de su imperio de paz.

Lo contrario a la paz es todo lo que turba esta armonía, este orden, esta relación correcta para conmigo, para con los semejantes y para con Dios. Cuando no hay paz me desciento de lo único importante, surgen como un remolino las tentaciones, los agobios, la desesperanza, la tristeza. ¡Cuánto mal nos hace la falta de paz!

Para hallar esta paz hay una actitud clave: la humildad. Y de la mano de la humildad: la aceptación. En el momento que acojo ese querer de Dios, que digo sí a eso que sé que Dios me está pidiendo, entonces llega la felicidad, porque mi existencia encaja en el plan que Dios tiene para mí.

Este obrador de la paz sobre el que cae la bienaventuranza no es un hombre amorfo, bonachón, que para vivir tranquilo evade los problemas. No. El obrar la paz no es vivir la paz privada, el que no me molesten, el que no tenga imprevistos permitidos por Dios, el que todo salga según mis planes y proyectos.

El obrador de paz es el que emprende con riesgo y valentía el ayudar a Cristo en la extensión de su Reino y se obliga a ello con atadura moral incondicional, irrevocable, irreversible. Por eso al obrador de la paz se le llama hijo de Dios. El discípulo de Jesús no puede estar esperando que sean los otros los que hagan la paz, debe tomar la iniciativa.

Pero el tener paz no implica carencia de cruz. En mu-

LA PAZ DE JESÚS ERA EL CORAZÓN DE MARÍA. HAY QUE LLEGAR A JESÚS COMO EL NIÑO QUE, NO POSEYENDO NADA, SIN TENER FUERZAS, SE ACERCA AL CORAZÓN DE SU MADRE.

chas ocasiones, uno se puede encontrar sumido en un profundo sufrimiento, pero viviendo en una aún más profunda paz. Es que Dios, como dice el salmo, está cerca del atribulado, del que tiene roto el corazón. Y si Dios está con nosotros ¿quién contra nosotros?

Y está Dios porque está María. Toda la fuerza de Dios se concentra en María de un modo delicado, fino, suave, cortés. Por eso en el temor, en el no poder, en el no llegar, en el no entender: ¡María!

No siempre esta paz llega a ser sentida. Hay que fundar la paz en la confianza en Dios, en su amor paternal. Confiar en la sapientísima Providencia de Dios, que en cada momento vela por nosotros. Esa paz confiada que se abandona filialmente a Dios y que se confía a su bondad y misericordia; esa paz de conciencia que se basa en la humildad, que se reconoce miserable, y que se funda en una obediencia sin doblez para obrar en espíritu de fe. Vivir la paz es vivir la seguridad del que se sabe respaldado, confiado, sin peligro, amurallado por otro que es más fuerte que él, que tiene todo lo que a él le falta. Es la postura del humilde.

¡Qué humilde es Dios! Se hace un Niño pequeñito, indefenso. Se hace débil en los brazos de María. Se

confía a su regazo, al cuidado de San José. Y se podría decir que la paz de Jesús era el Corazón de María. Todos encontraban paz en Ella. Y al encontrar paz también hallaban alegría. Hay que llegar a Jesús como el niño que, no poseyendo nada, sin tener fuerzas, se acerca al Corazón de su madre. La Paz que es el mismo Cristo se me da en María y sólo en Ella. La paz llegó a los hombres, a este mundo sin esperanza, en los brazos de María.

Basta mirar a María, decir su nombre para que nos anegue una profunda paz. Nos envuelve la certeza de que no vamos a sucumbir, a naufragar sin remedio, porque hay Alguien que vela por mí, que me arropa, me vigila, me circunda con su mirada, con su Corazón de Madre.



EL MISTERIO DEL *Dios Vivo*

«**M**i corazón y mi carne gritan de alegría hacia el Dios vivo» (Salmo 84, 3). El misterio trinitario nos muestra, mejor que cualquier otro misterio, que nuestro Dios es el «Dios vivo», cuya vida es esencial e incesantemente fecunda, tan fecunda que el Padre comunica al Hijo toda su naturaleza y esencia poseyéndola los tres con la misma perfección infinita. «*En esta Trinidad nada hay posterior ni anterior, nada hay mayor o menor, sino que las tres Personas son absolutamente coeternas e iguales*» (Símbolo. ps-atanasiano).

La Trinidad, mejor que cualquier otro misterio, nos revela la bondad infinita de Dios, pues nos dice que Dios es bueno no sólo porque es bien infinito, sino también porque comunica toda su bondad: del Padre al Hijo, del Padre y del Hijo al Espíritu Santo. La vida de la Trinidad es un mutuo darse sin cesar en perfecta comunión: el Padre se da totalmente al Hijo, el Hijo se da totalmente al Padre y de este su don recíproco procede el Espíritu Santo, Don sustancial que a su vez refluye en el Padre y en el Hijo. Se sigue de ahí que «*el Padre está todo en el Hijo y todo en el Espíritu, Santo; el Hijo está todo en el Padre y todo en el Espíritu Santo; el Espíritu Santo está todo en el*

Padre y todo en el Hijo» (Conc. Ecum. Florentino). Este es el misterio del Dios vivo, «*Dios verdadero, uno en la Trinidad y trino en la Unidad*».

Siguiendo paso a paso la revelación y el magisterio de la Iglesia, podemos conocer este sublime misterio, pero no alcanzamos a comprenderlo. Frente a él experimentamos como nunca la infinita desproporción entre la inteligencia humana y los misterios divinos, y advertimos también como nunca la inmensa distancia que media entre la criatura y Dios, el Ser supremo, el Altísimo, el Dios uno y trino. Pero si nuestra razón queda deslumbrada por la profundidad del misterio, esa razón iluminada

por la fe no se extravía, sino que se humilla en el reconocimiento de su insuficiencia, cree y adora. «*Mientras más sin camino natural iban [las cosas de la fe] —escribe Sta. Teresa de Jesús—, más firme la tenía, y me daba devoción grande: en ser todopoderoso quedaban conclusas en mí todas las grandezas que hicierais Vos*» (V 19, 9).

Absolutamente feliz y perfecta en sí misma, la Trinidad no se encierra en su vida y en su bien, sino que quiere hacer partícipes de él de algún modo a sus criaturas. La Trinidad se abre al mundo: el Padre da a su Hijo, el Hijo por obra del Espíritu





Santo se encarna, y por medio de él los hombres, si quieren, libremente, tienen acceso a la Trinidad. «Por él —dice San Pablo— *tenemos acceso al Padre en un mismo Espíritu*» (Ef 2, 18). La Trinidad nos ama: se abre a nosotros y a nosotros se da para atraernos a sí. Todas las grandezas de la vida cristiana tienen su primer origen en el misterio trinitario. En virtud de él el creyente es hijo del Padre, hermano del Hijo encarnado y templo del Espíritu Santo.

Si la Trinidad es en su vida íntima, don esencial y absoluto, es también don en sus relaciones con los hombres. Se da al hombre el Padre cuando después de haberlo creado a su imagen y semejanza, sacrifica a su Unigénito para redimirlo; se da el Hijo cuando se encarna y muere por el hombre en la cruz y continúa dándosele en alimento en la Eucaristía; se da el Espíritu Santo cuando mora en su corazón derramando en él la gracia y la caridad. La Trinidad se da a sus criaturas de este modo, a fin de elevarlas al estado de hijos, introducir las en el círculo de su familia divina y hacerlas partícipes de su vida, de su amor y de su felicidad eterna.

El Evangelio presenta al Padre rodeando al hombre de su misericordia y providencia paternas; al Hijo tomándole de la mano, y enseñándole a vivir como verdadero

hijo de Dios, y al Espíritu Santo renovándolo y santificándolo para hacerle nacer a la vida divina. En todo esto pensaba el Apóstol cuando cerraba la carta a los Corintios con este magnífico augurio: «Que la gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios [Padre] y *la comunión del Espíritu Santo estén con todos vosotros*» (2 Co 13, 13).

Recemos con San Agustín:

«Te invoco, oh Bienaventurada, bendita y gloriosa una Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo; Dios, Señor y Paráclito, gracia y comunicación.»

Te invoco, Engendrador; Engendrado y Regenerador; verdadera luz de luz verdadera; fuente, río y riego; de uno todo, por uno todo y en uno todo; del cual, por el cual y en el cual son todas las cosas; vida viviente, vida que procede del viviente y del vivificador de los vivientes; uno de sí mismo, uno del uno, y uno de entrambos...; verdad Padre, verdad Hijo y verdad Espíritu Santo...

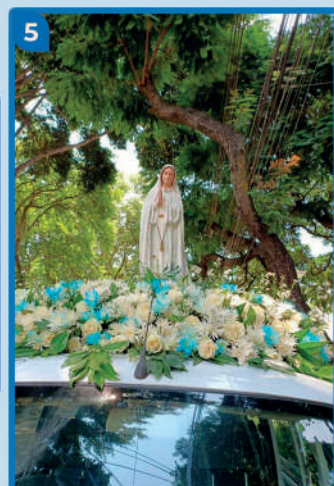
Dios, suma y verdadera beatitud, del cual, por el cual y en el cual es bienaventurado todo lo que es bienaventurado. Dios, verdadera y suma vida, del cual, por el cual y en el cual vive todo lo que verdadera y bienaventuradamente vive». (Meditaciones, 31-32).

“Oye, niño, ¿qué haces?”. “Estoy sacando toda el agua del mar y la voy a poner en este hoyo”. Y San Agustín dice: “Pero, eso es imposible”. “Más imposible es tratar de comprender en tu mente pequeña el misterio de Dios”.



En acción

“Recuerda siempre: da lo que tienes... y Dios te dará eso que no tienes. Sé generoso”. (M. M^a Teresa De Simone)



1) Rezo del Santo Rosario en honor a Nuestra Señora del Rosario de Fátima para desagraviar al Inmaculado Corazón de María con los pacientes del centro de apoyo sanitario “Hermana Josefina Serrano” en Oropesa (Cusco). 2-4) Miembros del Reinado de María se han puesto en acción y desarrollan una campaña médica en una localidad campesina de Cusco (Perú). 5) Procesión con la Virgen de Fátima en el primer sábado de mes. 6-8) Celebración del Primer Sábado de mes en Bogotá (Colombia).

Quienes deseen ayudar con sus limosnas a los gastos de esta publicación, pueden enviar su donativo a:

Conecta con nosotros

info@reinadodemaria.org | www.reinadodemaria.org

